

CRONICA

- * ¿Qué fue la Independencia? (Bravo Lira).
- * Notas sobre economía y cristianismo (Rojas Sánchez).
- * La "Sollicitudo rei socialis" (Lecaros).

¿QUE FUE LA INDEPENDENCIA?

Con los pueblos sucede como con los hombres. A medida que avanza la vida, descubren cada vez con mayor claridad el significado de las distintas etapas de su existencia: infancia, adolescencia, juventud.

Esto mismo ocurre en cada país de Hispanoamérica con su independencia. Hoy se la comprende de manera muy distinta a la que se la entendía, por ejemplo, en 1960, cuando se celebró su sesquicentenario.

Las líneas que siguen intentan presentar muy esquemáticamente la visión que resulta de la reciente investigación.

Ante todo, la independencia, como la conquista de América, no puede estudiarse por países, pues tiene dimensiones continentales.

Igualmente, parece fuera de discusión que las guerras de la independencia fueran guerras civiles. No responden a ninguna agresión exterior y en ellas se batieron americanos contra americanos, con mayor o menor participación de españoles en ambos bandos. Ella alcanza su máximo en el ejército realista en 1820. Entonces estaba compuesto por 26 mil americanos, 23 mil españoles y 46 mil americanos de milicias.

En tercer lugar, también está claro que se trata de un movimiento fundamentalmente aristocrático. En él se enfrentan dos facciones de un mismo núcleo dirigente. Al pueblo sólo le cupo una participación muy subalterna, arrastrado por esa minoría.

I. DEL JUNTISMO AL SEPARATISMO

El punto de partida de la independencia fue la invasión francesa de la península ibérica en 1807-8. Ante la prisión de Fernando VII hubo, en toda la monarquía, un unánime movimiento de fidelidad hacia el que su desgracia hizo llamar el *Amado*. Para conservar sus derechos se instituyeron, primero en España y luego en diversas capitales de Sudamérica, juntas de gobierno: en 1809, en Charcas, La Paz (Bolivia), Quito, y en 1810, en Buenos Aires, Caracas, Bogotá y Santiago de Chile.

Estas juntas eran leales al monarca. Tenían por objeto conservar para él cada uno de estos países. Pero de hecho significaron una toma del poder, aunque fuera a título provisional, mientras duraba el cautiverio de Fernando VII, por un sector de la minoría dirigente.

Sin ninguna revolución, el poder escapó a la monarquía y fue a parar a manos de una porción de la oligarquía. Nunca había sucedido nada semejante en Hispanoamérica.

En el resto de ella, en México, Guatemala y Perú, se mantuvo la normalidad. No hubo juntas y el poder real permaneció intacto. Más aún, el virrey del Perú transformó a ese país en el centro de una reacción contra las juntas. Disolvió las más cercanas de Quito y Alto Perú y envió un ejército contra la de Buenos Aires.

En los otros países bajo los nuevos gobiernos —Venezuela, Chile y Nueva Granada (Colombia)— no tardó en estallar la guerra civil. Con ella llega al campo de batalla la disociación entre los dos elementos que componían la conciencia política: amor al rey y amor a la patria. Significativamente un bando tenía el nombre de *realista* y el otro de *patriota*. La suerte de las armas fue adversa a este último y las juntas fueron derribadas sucesivamente en los tres países en 1812, 1814, y 1815.

En ese momento —que es del Congreso de Viena— parecía que, vuelto al trono, Fernando VII estaba a punto de conseguir la restauración de la monarquía española. Pero sucedió precisamente lo contrario. Entonces comenzó la fase más sangrienta y econada de la independencia. Ella se abre con la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que constituyeron después Argentina, en el Congreso de Tucumán en 1816 y se clausura diez años después, con la capitulación de los últimos defensores del rey en el Callao y Chiloé en 1826.

II. AVANCES DEL SEPARATISMO

En la hora de los militares. En pocos años un buen número de ellos se convierte en personaje de primera fila. Cada país tiene los suyos, de ambos bandos: realistas, como el ecuatoriano José La Mar, el peruano Ramón Castilla, el paceño Andrés de Santa Cruz que serán luego gobernantes de Perú y Bolivia o el chileno Clemente Lantafío; o bien, patriotas, como los chilenos José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins que también ejercieron el mando en su país o los venezolanos José Antonio Páez, después presidente en su patria, y Antonio José de Sucre, presidente de Bolivia, tal vez la más noble figura de la época de la independencia.

Con todo, sobresalen cuatro grandes figuras: el virrey del Perú José Fernando Abascal, Pablo Morillo, jefe de las fuerzas realistas de Nueva Granada, y sus vencedores José de San Martín y Simón Bolívar. Ambos convergieron sobre el Perú, centro de las fuerzas

realistas. San Martín, gobernador de Cuyo, organizó, con el concurso de O'Higgins y otros patriotas chilenos emigrados allí, un ejército, atravesó los Andes y venció a los realistas de Chile en Chacabuco (1817) y Maipú (1818). Chile declaró su independencia (1817) y O'Higgins preparó una expedición para enviar al Perú al mando de San Martín.

Mientras tanto en los países más tropicales del norte de Sudamérica las cosas habían tomado otro giro. En un esfuerzo desesperado por ganar a los americanos para la causa patriota se llegó a pronunciar sentencia de exterminio contra los indiferentes. Es algo que recuerda el terror en la revolución francesa. "Españoles —decía Bolívar—, contad con la muerte aunque seáis indiferentes. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables". Ambos bandos llegaron a practicar el fusilamiento de prisioneros. Nada arredró a Bolívar. Fracasado en Venezuela, cruzó los llanos y después de una increíble travesía de los Andes, que se ha comparado con la de los Alpes por Napoleón, obtuvo en Boyacá (1819) su primera gran victoria que le abrió las puertas de Bogotá. Se le aclama como libertador, apelativo con que pasó a la historia. Pensó entonces en unir en un solo Estado, que llamó la Gran Colombia, los territorios de Venezuela, Colombia y Ecuador.

III. EL PRONUNCIAMIENTO DE RIEGO

A estas alturas un suceso inesperado decidió la independencia de América. No fue una batalla sino un pronunciamiento que inaugura la serie de intervenciones militares en política, tan frecuentes en los países de habla castellana y portuguesa desde entonces. Este hecho es todo un símbolo de la íntima conexión entre fragmentación de la monarquía española y la inestabilidad política de sus estados sucesores, sin excluir la propia España.

El pronunciamiento se produjo precisamente allí. En 1820 se amotinó en Cádiz el jefe de las tropas que debían zarpar para América, Rafael de Riego, y exigió reformas liberales, es decir, una constitución escrita, un parlamento y todo lo demás. Sus efectos sobre los realistas americanos fueron más demoledores que cien derrotas militares. De golpe les dejó sin causa por qué luchar. El liberalismo era mirado con suma prevención, cuando no con horror, en muchos sectores de Hispanoamérica, tanto realistas como patriotas. Así, pues, para los realistas, fueran españoles o americanos, militares, eclesiásticos o civiles, no valía la pena trabajar por un rey liberal, menos morir por él. Antes que eso valía la pena buscar un entendimiento con los patriotas, o donde éstos ni siquiera contaban con

fuerza militar, como sucedía en México y Guatemala, proclamar simplemente la independencia.

IV. LA INDEPENDENCIA

Así, de golpe, se decidió en 1821 en México declarar la independencia y llamar al trono a Fernando VII. Se adoptó la actual bandera de los tres colores verticales que simbolizan el verde, la independencia; el blanco, al centro, la religión, y el rojo, la unión entre criollos y peninsulares. Así, la independencia no pudo carecer más de espectacularidad. Se produjo de la noche a la mañana, sin pena ni gloria, como resultado de forcejeos entre unos cuantos hombres influyentes, respaldada sin mayores transportes de entusiasmo por los pueblos a quienes fue comunicada. No hubo guerra civil y, por tanto, tampoco víctimas o pérdidas que lamentar ni grandes hechos o próceres que aclamar. Lo mismo puede decirse de Guatemala que entonces todavía no se había desintegrado y comprendía toda Centroamérica.

En Chile, apenas se supo que las tropas españolas no saldrían para América, O'Higgins despachó la expedición que estaba preparada para ir al Perú. Las fuerzas chilenas, al mando de San Martín, entraron en Lima. Allí se proclamó la independencia del Perú (1821), mientras se iniciaban negociaciones con el virrey que se había replegado al Cuzco y dominaba la mayor parte del Perú y del Alto Perú.

Por su parte, Bolívar llegó a un acuerdo con Morillo, que regresó a España. Pero, roto el compromiso, venció en Carabobo y se apoderó del resto de Venezuela (1821). Luego se dirigió hacia Quito, conquistó la ciudad y celebró una entrevista con San Martín en Guayaquil (1822). A consecuencias de ella San Martín se retiró y dejó a Bolívar con sus lugartenientes la tarea de dar remate a la independencia del Perú y Alto Perú. Lo que se consiguió tras las victorias de Junín y Ayacucho en 1824.

El Alto Perú, o sea la antigua audiencia de Charcas, fue proclamado independiente en 1825. Se constituyó como un Estado distinto de Perú y Argentina por un imperativo histórico, que Bolívar no hizo más que reconocer. Cuando este Estado adopta en su honor el nuevo nombre de Bolivia, la gloria del Libertador llega a su cúspide.

V. INDEPENDENCIA DE BRASIL

Mientras esto sucedía, también Brasil se había hecho independiente. El caso fue similar al de México. La monarquía portuguesa resistió

mejor que la española el ataque francés de 1807-8. El regente D. Juan consiguió trasladar la corte a Río de Janeiro que desde entonces y por más de una década fue la capital de la monarquía portuguesa.

Estos años fueron extraordinariamente positivos para Brasil. No se interrumpieron por el precipitado regreso a Portugal del regente convertido en Juan VI (1816-26) al suceder a su madre María I. No quería volver, pero se vio obligado a hacerlo a raíz de un pronunciamiento militar que, como el de Riego en España ese mismo año 1820, llevó al poder a los liberales. En Brasil dejó a su hijo Don Pedro que ante la reacción contra los liberales, según consejo de su padre, optó por declarar la independencia (1822).

Brasil se convirtió en un imperio con el mismo Don Pedro (1822-31) como monarca. Imposible una independencia con menos trastornos. No sólo sin guerra civil, como en México, sino sin romper la continuidad del gobierno establecido. Por eso no extraña que mientras los demás países de habla castellana y portuguesa se hundan en la anarquía, Brasil prosiga su línea ascensional que lo lleva a convertirse, salvo en el terreno intelectual, en el primer país de Hispanoamérica.

VI. LIBERTADORES Y PADRES DE LA PATRIA

Muy distinto del caso de Brasil fue el de los demás países de Sudamérica. Allí la independencia adquirió contornos de epopeya. Hubo grandes hechos, prodigios de valor, héroes que parecen reeditar la otra gran epopeya americana en la historia universal, la conquista o fundación de las nacionalidades hispanoamericanas. Por eso no es extraño que a los hechos y héroes de la independencia se les atribuya una significación semejante. Se les aclama como próceres, como libertadores e incluso como padres de la patria, aunque ésta contaba entonces con tres siglos de existencia. Así también estas guerras de la independencia sudamericana han dejado en el arte una huella semejante a la de las guerras napoleónicas en Europa: cuadros de batallas, retratos de militares, monumentos; estatuas ecuestres y toda una literatura patriótica. Como las napoleónicas dieron también lugar a un ascenso social de los altos oficiales vencedores, cuyas familias pasaron a contarse entre las más distinguidas y prominentes del país.

Pero todos los países hispanoamericanos glorifican su independencia, aun los que no necesitaron adquirirla a precio de sangre. Instituyen fiestas públicas para conmemorar sus principales hechos, como hasta entonces se había hecho con los del rey. Esto no es casual. Responde a la necesidad de estos estados, recién convertidos

en independientes, de consolidarse bajo una forma nacional. Esto es especialmente patente en América española donde desaparece la monarquía. La disociación del amor a la patria respecto del amor al rey hizo preciso acuñar rápidamente símbolos nacionales que reemplazaran al monarca y a la dinastía como aglutinante y expresión de la nacionalidad. Fue necesario hallar un sustituto para la figura del rey en las monedas, en los monumentos y en toda la vida oficial. En una palabra, se buscó instintivamente próceres con los que llenar el vacío dejado por la figura del rey. Brasil no los necesitó, porque tuvo su emperador, y México tampoco los hubiera necesitado si se hubiera cumplido el primitivo plan de independencia con Fernando VII u otro príncipe de la casa real.

VII. LA MINORÍA DIRIGENTE Y LOS LIBERTADORES

Otra cosa fue el trato que se dio a los libertadores como personas. Todos ellos fueron repudiados cuando intentaron imponerse como gobernantes. La minoría dirigente no había hecho la independencia para cambiar el rey por un caudillo militar. Se abrió así en América española el duelo entre militarismo y oligarquía, por llenar el vacío dejado por la monarquía, que domina el resto del siglo. Como muchos, San Martín veía la solución en una monarquía independiente, similar a la de Brasil. Bolívar, en cambio, intentó una dictadura vitalicia, con ciertos rasgos monárquicos que no contentó a nadie. Entonces, pensó también en una monarquía. Al igual que casi todos los libertadores, ambos murieron en exilio, amargados, no tanto por la ingratitud de sus compatriotas como por el espectáculo de la espantosa anarquía en que naufragaban los países que ellos contribuyeron a independizar.

Este contraste entre glorificación de la independencia y rechazo de los libertadores pone a la luz el verdadero carácter de la independencia hispanoamericana. No fue ni una revolución a la manera de Francia, ni una descolonización a la manera de los Estados Unidos.

Sus promotores no fueron, como en Francia, burgueses deseosos de igualarse a los estamentos privilegiados, el clero y la nobleza. Antes bien, fueron precisamente los sectores dirigentes, que en América española consiguieron lo que en los preludios de la revolución había intentado en Francia la revuelta de los privilegiados: sacudir la tutela de la monarquía.

En esto la independencia de América tiene alguna similitud con la de las colonias inglesas de Norteamérica, que también fue obra

de la minoría dominante. Pero hay una gran diferencia porque en el caso de América española no se trata de ninguna liberación o emancipación. Como no eran colonias, lo único que hacen estos países es separarse de la monarquía de la que formaban parte, tal como lo hicieron, por ejemplo, un siglo después, al desintegrarse la monarquía austro-húngara al término de la Primera Guerra Mundial en 1918, austriacos, húngaros, checos, croatas, eslovenos, eslovacos y demás. Allí tampoco puede hablarse de descolonización, pues no se trata de colonias que se liberan o emancipan, sino de una gran potencia que se desintegra en una serie de estados sucesores.

VIII. CRISIS DE IDENTIDAD

Sin embargo, la independencia de Estados Unidos fue fuente de unión y de engrandecimiento de las antiguas colonias, que se transformaron en una potencia mundial. En cambio, la independencia de Hispanoamérica fue fuente de desunión y discordia y, por tanto, de debilitamiento del mundo de habla castellana y portuguesa dentro del concierto internacional.

La explicación de ello es muy compleja. No está en la independencia sino en una profunda crisis de identidad que afloró en el curso de ella. Mientras se peleaba en los campos de batalla contra los franceses, surgió en España y Portugal una minoría afrancesada que compartía, en gran medida, las ideas de la Enciclopedia y de la revolución. La división se proyectó a América. De esta suerte, la mentalidad ilustrada de los medios dirigentes del mundo de habla castellana y portuguesa se partió en dos sentidos divergentes.

De un lado se configuró una corriente católica y nacional que persistió, como en el siglo XVIII, opuesta a la Enciclopedia y a la revolución; de otro, una corriente, más bien irreligiosa y cosmopolita, que, por el contrario, se abre a ellas. Debido al componente religioso esa polaridad adquirió una carga pasional a menudo explosiva. Trascendió los límites de la delgada capa dirigente a la que, en función de él no le fue difícil movilizar amplios sectores de la población, especialmente sensibles para cuanto toca a sus creencias.

Así, toda la vida colectiva y, desde luego, la política, con sus luchas entre conservadores y liberales, termina por girar en torno a esta contraposición. La suerte de la Iglesia y, en general, de la religión es asunto primordial en las contiendas políticas, en los documentos legales —constituciones y otros—, así como en las guerras

civiles, por lo demás nada infrecuentes. *Pero ésta ya es otra historia,* que no corresponde tratar aquí.

BERNARDINO BRAVO LIRA*

* Profesor de Historia del Derecho, Facultad de Derecho, Universidad de Chile.